

AMOR A LA VIDA

*De todo, les quedará eso:
vivieron la vida y jugaron,
y a fin de ganar en el juego
perdieron el oro del dado.*

Los dos hombres bajaron por la ribera del río, cojeando fatigosamente, y, en una ocasión, el que iba delante se tambaleó entre las escarpadas rocas. Estaban cansados y débiles, y sus rostros tenían la expresión paciente de quien ha sufrido muchas penalidades. Iban cargados con pesados fardos hechos con mantas, sujetos con correas a los hombros. Les cruzaban la frente otras correas que los ayudaban a soportar la carga. Los dos llevaban un rifle. Caminaban encorvados, con los hombros hacia delante, la cabeza más adelantada todavía, y la vista fija en el suelo.

—Ojalá tuviéramos al menos dos *d'esos* cartuchos que hay en el escondrijo —dijo el segundo hombre con voz sombría y totalmente inexpresiva. Hablaba sin entusiasmo; y el primer hombre, cojeando por el arroyo lechoso que espumeaba sobre las rocas, no se dignó responder.

El segundo hombre lo seguía pegado a sus talones. No se detuvieron a quitarse el calzado aunque el agua estaba fría como el hielo —tan fría que les dolían los tobillos y se les entumecían los pies—. En algunos lugares, el agua rompía a la altura de las rodillas y los dos hombres se tambaleaban, con dificultades para mantener el equilibrio.

El hombre que iba en segundo lugar resbaló en una roca pulida y estuvo a punto de caerse, pero recuperó el equilibrio con un violento esfuerzo, al tiempo que soltaba una

aguda exclamación de dolor. Parecía débil y mareado, y extendió la mano libre mientras oscilaba, como si buscara sostén en el aire. Cuando volvió a erguirse dio un paso adelante, pero se tambaleó de nuevo y estuvo a punto de caerse otra vez. Entonces se quedó quieto y miró al otro hombre, que en ningún momento había vuelto la cabeza.

El hombre estuvo inmóvil durante todo un minuto, como si debatiera consigo mismo, y luego gritó:

—Oye, Bill, me he torcido el tobillo.

Bill siguió caminando con dificultad por el agua lechosa, sin mirar atrás. El hombre lo vio alejarse y, aunque su rostro seguía tan inexpresivo como siempre, sus ojos eran los de un ciervo herido.

Bill subió cojeando por la otra orilla y siguió adelante sin mirar atrás. El hombre que estaba en el río lo miró. Los labios le temblaban ligeramente, agitando el áspero vello castaño que los cubría. Incluso sacó la lengua para humedecerlos.

—¡Bill! —gritó.

Era el grito de súplica de un hombre fuerte en apuros, pero Bill no se volvió. El hombre lo vio marcharse, cojeando grotescamente, y subir a trompicones y trastabillando la suave cuesta hacia el tenue horizonte que dibujaba una colina. Lo miró alejarse hasta que pasó la cima y desapareció. Entonces apartó la vista y contempló lentamente el mundo que le quedaba, ahora que Bill se había ido.

Cerca del horizonte el sol ardía débilmente, casi oscurecido por nieblas y vapores informes, que lo hacían parecer una masa densa sin contorno perceptible. El hombre sacó el reloj mientras descansaba todo el peso en una pierna. Eran



E. BREKTA

las cuatro y, como estaban cerca de finales de julio o principios de agosto —sólo podría decir una fecha aproximada, con un margen de error de una o dos semanas—, sabía que el sol indicaba aproximadamente el noroeste. Miró hacia el sur, consciente de que por detrás de aquellas desoladas colinas estaba el lago Great Bear; sabía también que, en aquella dirección, el Círculo Ártico describe su imponente trazo por los páramos canadienses. El arroyo en el que se encontraba era afluente del río Coppermine que, a su vez, fluía hacia el norte y desembocaba en el golfo Coronation y el océano Ártico. Nunca había estado allí, pero lo había visto, en una ocasión, en una carta de navegación de la Hudson Bay Company.

De nuevo, recorrió con la vista el círculo del mundo que lo rodeaba. No era un espectáculo alentador. En todos lados se distinguía un horizonte difuso con colinas bajas. No había árboles ni arbustos ni hierba, nada más que una tremenda y terrible desolación que, de repente, llenó sus ojos de miedo.

—¡Bill! —susurró una, dos veces—: ¡Bill!

Se agachó asustado en mitad de las aguas lechosas, como si la inmensidad cayera sobre él con una fuerza abrumadora y lo aplastara con complaciente espanto. Se echó a temblar como si tuviera un ataque de fiebres, hasta que el rifle se le cayó de la mano con un chapoteo. Aquello hizo que reaccionara. Luchó contra el miedo y recobró la compostura mientras buscaba a tientas el arma en el agua. Desplazó el fardo hacia el hombro izquierdo para descargar un poco el tobillo lastimado. Después avanzó hacia la orilla, lenta y cuidadosamente, estremeciéndose de dolor.

No se detuvo. Con loca desesperación, haciendo caso omiso del dolor, subió a toda prisa por la cuesta de la colina tras la cual había desaparecido su camarada, mucho más grotesco y cómico que su cojo compañero. Pero desde la cumbre vio un valle poco profundo y sin vida. Luchó de nuevo contra el miedo, lo venció, desplazó la carga aún más sobre el hombro izquierdo y bajó la pendiente tambaleándose.

El fondo del valle estaba empapado de agua y el grueso musgo, como si fuera una esponja, la retenía cerca de la superficie. El agua chapoteaba bajo sus pies a cada paso y cada vez que levantaba un pie, el gesto culminaba con un sonido de succión, ya que el musgo se resistía a soltarlo. Fue caminando con cuidado por el terreno pantanoso, siguiendo las huellas del otro hombre por las rocas que emergían como islas en el mar de musgo.

Aunque estaba solo, no se había perdido. Sabía que más adelante llegaría a un lugar donde las píceas y los abetos, pequeños y resecos, bordeaban la orilla de un pequeño lago, una zona que en la lengua del lugar se llamaba *titchin-nichilie*, la «tierra de los palitos». Y a ese lago afluía una pequeña corriente cuyas aguas no eran lechosas. En ese riachuelo crecían juncos —lo recordaba bien—, pero no árboles, y lo remontaría hasta que el manantial se interrumpiera en una línea divisoria de aguas. Cruzaría la cresta divisoria hasta dar con la fuente de otra corriente que fluía hacia el oeste, que seguiría hasta que desembocara en el río Dease, y ahí encontraría el escondrijo con provisiones, bajo una canoa invertida y cubierta con muchas piedras. Y en ese escondrijo encontraría munición para su fusil descargado, anzuelos e

hilo de pescar, una pequeña red, todas las herramientas necesarias para cazar y obtener alimento. Además encontraría harina —no mucha—, un trozo de tocino y algunas judías.

Bill estaría esperándolo allí y bajarían juntos remando por el Dease hasta el lago Great Bear. Y cruzarían el lago en dirección al sur, siempre al sur, hasta llegar al Mackenzie. E irían hacia el sur, más al sur, mientras el invierno los perseguiría en vano, se formaría hielo en los remolinos y los días serían cada vez más frescos y estimulantes; hacia el sur hasta llegar a alguna cálida sede de la Hudson Bay Company, ahí donde los árboles eran altos y generosos y la manduca nunca se terminaba.

En eso pensaba el hombre mientras avanzaba con dificultad. Pero al mismo tiempo que luchaba con su cuerpo, luchaba con su ánimo, intentando convencerse de que Bill no lo había abandonado, de que seguramente lo esperaba junto al escondrijo. No le quedaba más remedio que pensar de ese modo; de lo contrario, no le serviría de nada luchar y sería mejor echarse al suelo y dejarse morir. Y mientras la débil bola del sol se hundía lentamente por el noroeste, imaginaba cada paso —y muchas veces— de la huida que Bill y él emprenderían hacia el sur antes de que cayera sobre ellos el invierno. E imaginó una y otra vez la manduca del escondrijo y la manduca que encontrarían en la sede de la Hudson Bay Company. Llevaba dos días sin comer y mucho más tiempo sin saciarse. De vez en cuando se paraba para coger pálidas bayas de los pantanos, se las metía en la boca, las masticaba y las tragaba. Esas bayas son semillas pequeñas envueltas en un poco de agua. El agua se disuelve en la boca y la semilla tiene un sabor ácido y amargo. El hombre

sabía que aquellas semillas no alimentaban, pero las masticaba con paciencia, con una esperanza que superaba sus conocimientos y desafiaba la experiencia.

A las nueve, tropezó con una roca que sobresalía y, de puro cansancio y debilidad, trastabilló y se cayó. Durante un rato permaneció inmóvil en el suelo, sobre un costado. Después se quitó las correas y con torpeza se arrastró hasta sentarse. Todavía no era de noche y a la luz del prolongado crepúsculo buscó a tientas entre las rocas unas hebras de musgo seco. Cuando tuvo un montón, encendió un fuego —un fuego deslavazado y sin llama— y puso agua a hervir en un cubo de estaño.

Desató el fardo y lo primero que hizo fue contar los fósforos. Había sesenta y siete. Los contó tres veces para asegurarse. Los dividió en varios grupos, los envolvió en papel encerado y metió un paquetito en la petaca vacía, otro dentro de la cinta interior de su ajado sombrero y el tercero bajo la camisa, junto al pecho. Una vez hecho, lo invadió el pánico, desenvolvió los tres paquetes y volvió a contar los fósforos. Seguía habiendo sesenta y siete.

Secó el calzado mojado junto al fuego. Los mocasines eran ya unos jirones empapados, los calcetines estaban agujereados y tenía los pies en carne viva y le sangraban. Sentía punzadas de dolor en el tobillo y lo examinó. Estaba tan hinchado que era tan ancho como la rodilla. Desgarró una tira larga de una de las dos mantas e hizo un vendaje bien apretado sobre el tobillo. Rompió otras tiras y se las ató a los pies para que hicieran las veces de mocasines y calcetines. Después se bebió el cubo de agua humeante, dio cuerda al reloj y se metió entre las mantas.